

AGUA, TERRITORIO Y CIUDAD

# Granada

## nazarí y renacentista. 1600



Unión Europea  
Fondo Europeo de  
Desarrollo Regional

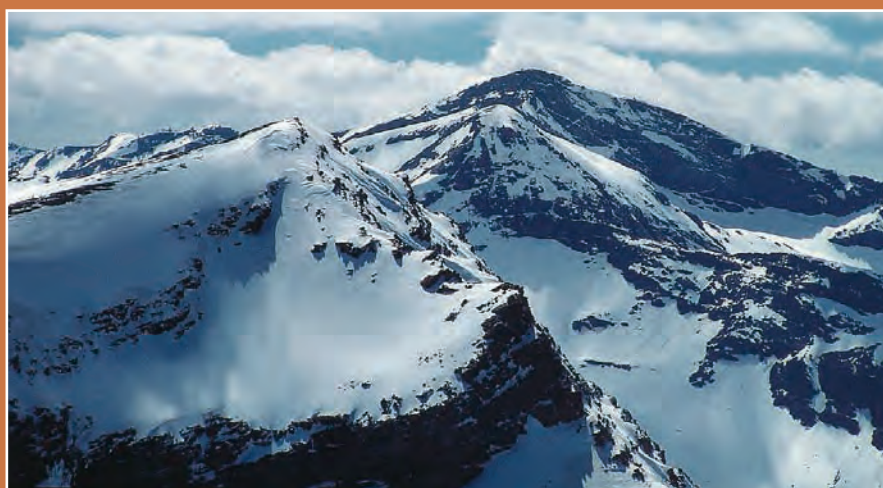
# De la nieve al trigo, la regulación del agua en Granada

*Los dos ríos de Granada  
bajan de la nieve al trigo*

...

*Los dos ríos de Granada  
uno llanto y otro sangre*

Federico García Lorca



Área de cumbres de Sierra Nevada, con el Mulhacén y el Veleta al fondo.

SIERRA NEVADA, el *Mons Solorius* de los romanos, la *Yabal Sulayr* de los árabes o la Montaña del Sol y del Aire, y Sierra de la Helada de los cristianos, ejerció siempre una profunda fascinación en el hombre. En la lejanía, por encima de las nubes, aparecía suspendido del cielo un increíble telón de montañas blancas. Tan al Sur, tan cerca del cálido Mediterráneo y de la ardiente África, aquellas nieves perpetuas eran un espectro, un faro, un potente imán, un irresistible destino en definitiva.

Pero una vez a los pies del gigante, la fascinación ya no se dirigía hacia las albas cumbres, sino hacia una inmensa y desconocida vega que había permanecido oculta a todas las miradas hasta entonces. Una vasta llanura aluvial que se perdía de vista entre brumas hacia poniente, atravesada por impetuosos ríos. Y entre la montaña y el llano, unos suaves pies de monte bien asolanados por los cortes de los ríos.

Queda esbozado así el idílico tapiz que debieron contemplar nuestros antepasados. Y así fue como sucesivas civilizaciones eligieron aquel lugar para fundar

sus ciudades. Y al ritmo de las necesidades, el hombre fue domesticando las aguas como mejor supo. Mucho trabajo ya estaba hecho por la naturaleza. Buena parte de las aguas de Granada afloraban en buenos manantiales en sus alrededores, como los de Alfacar o los del río Darro, sin olvidar otras fuentes más humildes desperdigadas por arrabales y extramuros de la ciudad. Todas estas aguas ocultas, incluidas las de minas, pozos y norias, garantizaban suficientes caudales en estiajes y secas. Sólo había que conducir las y aprovecharlas. Y así fue como se construyeron diferentes acequias, como las del río Darro, y entre ellas la del Rey (Real), para suministro de gran parte de la ciudad y de la fortaleza cimera de la Alhambra. Allí dejaron los árabes un proverbial legado histórico de sensibilidad, manejo y juego del agua.

En la solana, al otro lado del río, quedaba la ciudad vieja, con las cuevas del Sacromonte y los huertos del Albayzín, hasta donde fueron sabiamente conducidas las aguas de la Fuente de Alfacar (Grande) a través de la acequia de Aynadamar.



|| Vista panorámica de la Vega ante Granada, con Sierra Nevada en último término. Foto C. Cassillas.

Pero la verdadera regulación natural del agua de Granada era la que procedía del deshielo tardío de ese gran embalse sin paredes de Sierra Nevada, que tanto embrujó al hombre en todos los tiempos. El deshielo generaba impetuosos caudales primaverales del río Genil y de sus tributarios Monachil y Dílar, cuyos desbordamientos en poblado y abierto provocaban importantes pérdidas en haciendas y cultivos. Para domeñar estas aguas y aprovecharlas mejor, especialmente en la agricultura, los árabes idearon un sistema similar al de las acequias de la Alpujarra, la afable y soleada vertiente sur de Sierra Nevada, al igual que otras civilizaciones hicieron en los Himalayas o los Andes. El artificio consistía básicamente en derivar las aguas de los ríos para entretenerlas en laderas, simas y cultivos. Con ello se dulcificaban los ríos, se aminoraban los efectos torrenciales, se generaba energía y se hidrataban laderas para pastos, vegas para cultivos y fuentes para la bebida en el verano, cuando más necesarias eran las aguas.

Pero en la montaña que mira a Granada, demasiado abrupta y umbría, el hombre no pudo ni quiso hacer grandes esfuerzos. A pesar de ello, desde las lagunas y borreguiles cimeros, hasta los arroyos más bajos, quedó la huella de derivaciones, acequias, balsas, careos y rie-

gos. En épocas más recientes, a media y baja montaña se hicieron presas y derivaciones de mayor envergadura, en algún caso auténticos canales colgantes para fábricas de luz y otros ingenios. Se llegó a construir incluso un canal desde el río Aguas Blancas para el lavado y aprovechamiento del mítico oro de la colina roja de la Alhambra.

Pero fue en el llano donde el hombre entró a domesticar más eficazmente todas las aguas, las de la nieve y las de las fuentes. La Ciudad y la Vega se convirtieron así en un laberinto de presas, azudes, canales, partidores, acequias y ramales, un espacio amable, azul y verde, permanentemente húmedo y frondoso. Un territorio fértil, responsable del esplendor, y prosperidad económica y agrícola que siempre tuvo esta ciudad y su espléndida vega.

Mientras tanto, buena parte de esas tumultuosas aguas del deshielo prestadas al terreno por ríos, acequias, careos y riegos eran devueltas más abajo de nuevo al río Genil, generosamente apaciguadas y templadas, a través de las surgencias de Santa Fe y Fuente Vaquerros. Nacimientos que daban lugar entonces a extensos humedales, hoy desecados, y a un buen río de verano para el riego de las vegas más bajas de Huétor Tájar y de la Baja Andalucía. 🐏